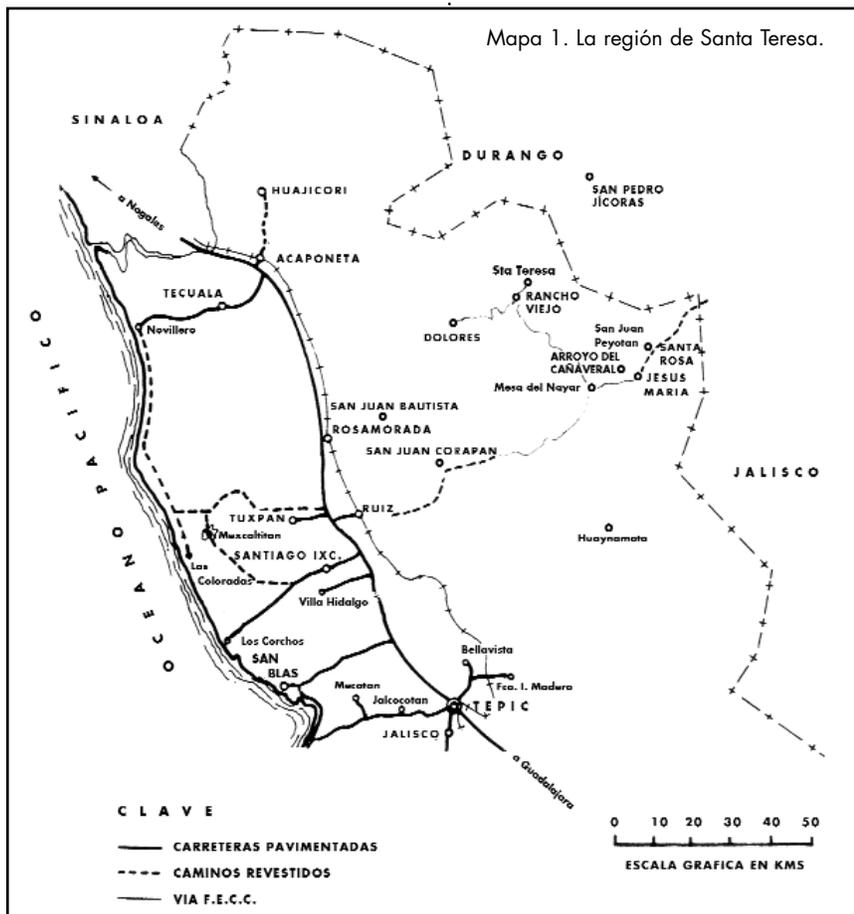




El mariachi tradicional en contexto: la fiesta cora del “equinoccio de otoño” en Santa Teresa (Kueimarutse'e)

Santa Teresa (Kueimarutse'e) en su fiesta patronal de 1999. El poblado de Santa Teresa se encuentra en una amplia meseta a 2100 msnm, en medio de bosques de pino y encino. Se trata de la comunidad cora más septentrional y colinda con los territorios de mexicaneros y tepehuanes. Es un poblado con las casas dispersas, pero con una parte central con traza semi-cuadrangular. Una larga calle, que es la prolongación de la carretera que viene de Ruiz y La Mesa del Nayar, atraviesa el pueblo de poniente a oriente.

Los contrastes arquitectónicos entre el presente y el pasado de Santa Teresa son tremendos. Por un lado, cuenta con una iglesia del siglo XVIII de cantera amarillenta labrada, cuya construcción quedó inconclusa y ahora se encuentra en ruinas, a punto de derrumbarse. Otra más de finales del siglo XIX —hay una piedra de cantera del lado sur que tiene la fecha de 1884—, actualmente en uso, de mampostería, techo de lámina (originalmente debió haber sido de zacate) y portal de madera. La grandiosa Casa Real, de piedra y adobe con techo de dos aguas de zacate, y el Juzgado de estilo rústico del siglo XIX. Por otro lado, las grandes casas de los comerciantes “vecinos” (mestizos), de



* Secretaría Técnica del INAH.

bloque y concreto con cancelería de aluminio, de estilo "nuevo rico" mexicano rural, con antenas parabólicas. Hay un amplio albergue del Instituto Nacional Indigenista (INI) y una clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Las chozas de los coras se encuentran dispersas por el entorno entre los maizales.

Existe una pista aérea, con muchos desniveles —provocados intencionalmente por el ejército mexicano, con la supuesta finalidad de combatir el narcotráfico—, en la que pueden descender con dificultad las avionetas de los experimentados pilotos de la sierra; abundan las camionetas de los mestizos y no faltan las de algunos coras. Pero es abrumadora la presencia de jinetes y sobre todo de gente de a pie. La indumentaria de los hombres jóvenes tiende a ser “vaquera”, aunque destaca el vestido femenino de las tereseñas, consistente en falda larga hasta los tobillos, de colores brillantes, y collares multicolores de cuentas gruesas; asimismo, no faltan los hombres con calzón de manta y cotense.

En los alrededores existen trapiches y destilerías con instrumentos de madera, tal y como se utilizaban en el periodo colonial. En el poblado hay un cableado de energía eléctrica que no funciona, aunque en algunos edificios (el albergue del INI y la clínica del IMSS) y en algunas viviendas operan celdas fotosolares.

En un lomerío, en dirección nororiental, se encuentra el patio del mitote; en una loma, al norte del pueblo, está el adoratorio más importante de tradición aborígen y en los alrededores abundan, por todas direcciones, los sitios que conforman la geografía sacra de los tereseños: ojos de agua, montañas, lagunas, cuevas... Sin embargo, el sacerdote católico, que es el primer cora en acceder a tal investidura eclesiástica —a diferencia de otros ministros mestizos que le han precedido—, no se digna en acompañar a los indígenas durante sus ceremonias del costumbre y se limita a ejecutar los rituales propios de la liturgia oficial católica.

Los rituales de esta fiesta patronal no corresponden a una representación dramática integrada, como los de las Pachitas o la Judea, sino que se trata de varios procesos paralelos —algunos de ellos más vinculados entre sí— que se van desarrollando en diferentes escenarios y que no necesariamente responden a una lógica unifica-

da. Asimismo, hay un fuerte contrapunto entre las ceremonias de contenido religioso, dirigidas a los seres sagrados o asociadas con ellos, y aquéllas que responden a una intención de disfrute y exceso festivo.

La descripción no se presenta según una sucesión cronológica general, sino de acuerdo con los acontecimientos característicos de cada escenario ritual. Aunque algunas veces se superponen los escenarios, ya que hay acciones rituales que inician en uno y continúan en otro, y entonces la secuencia quedará ubicada en el escenario principal. La polifonía festiva no permite observar de manera simultánea cada uno de los escenarios y, ante la necesidad de elegir, se privilegiaron las actividades correspondientes a la tradición cora, propiamente dicha, por sobre las de la liturgia oficial del catolicismo posconciliar.

Según un mariachero mestizo —originario de San Juan Peyotán, quien vino a tocar a esta fiesta hace 15 años—, antes acudía más gente que ahora, a pesar de que no había carretera y sólo se llegaba en remuda, a pie o en avioneta. Entonces había más movimiento comercial, se trataba ganado y venían más mariachis. No dejaban descansar a los músicos y éstos se veían obligados a irse a dormir en el monte, entre los pinos. Pero hasta allá iban a buscarlos para que siguieran tocando.

Secuencia ritual en 1999	
miércoles 13 de octubre	antevíspera
jueves 14 de octubre	víspera
viernes 15 de octubre	fiesta patronal
sábado 16 de octubre	tornafiesta
domingo 17 de octubre	día festivo de la semana

El salón de la Casa Real. La fiesta patronal está a cargo del gobernador, por lo que uno de sus principales escenarios es su sede, la Casa Real. Este edificio rectangular tiene en su parte occidental un amplio salón techado con sólo un acceso, al oriente, y algunas pequeñas ventanas en el poniente.

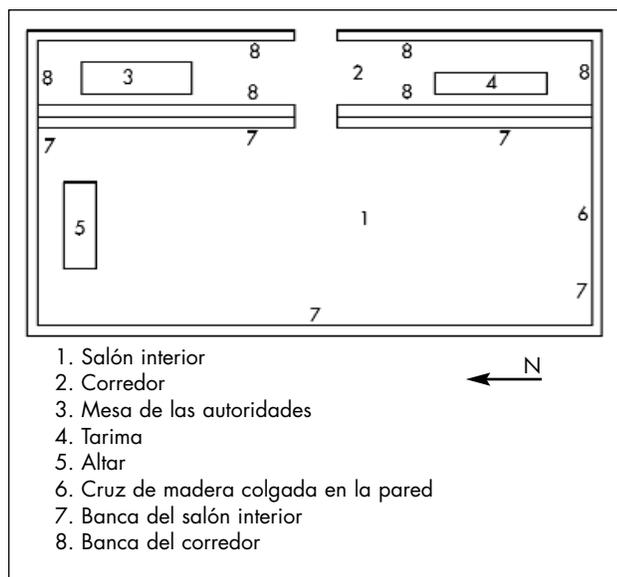


Figura 1. Planta de la Casa Real.

En su parte norte se prepara una mesa con mantel, sobre la cual se coloca la imagen de Santa Teresa, traída del templo la mañana de la antevíspera, el 13 de octubre. Alrededor de veinte moros simulan robar la imagen en la iglesia y, tras procesionar con ella por el Oriente y por el Norte, la entregan en la Casa Real a los mayordomos y a las tenanches, a quienes cuentan fantasiosamente que la han paseado por regiones remotas. Durante el mediodía se escucha la chirimía y el redoblante, cuyo dueto de músicos se coloca en la parte sur del salón de la Casa Real.

A las cinco de la tarde de la antevíspera, el 13 de octubre, sale la procesión desde la Casa Real para encontrar la imagen que traen en peregrinación los coras del poblado vecino de Dolores (Guachájajpua). Al frente van dos ancianos con banderas blancas que agitan lateralmente, hacia adelante y hacia atrás. Después va la Malinche con una pequeña bandera roja y una campanita de mano que hace sonar. Luego el nicho, que es portado por el mayordomo y una tenanche. Alrededor van mujeres con incensarios de barro humeantes y hombres con velas encendidas. Los coheteros se adelantan al cortejo de Santa Teresa y lanzan sus cohetes de trueno, con una inclinación hacia la dirección por donde vienen los visitantes de Dolores. La procesión sale rumbo al Norte y luego toma el Poniente, hacia la

pista aérea. Como el trayecto es de casi un kilómetro, el nicho es cargado en turnos, por hombres que lo colocan sobre su cabeza.

Cuando los contingentes quedan separados por unos cien metros, el Viejo de la danza de Urraca local, quien ya iba en la procesión pero sin ponerse la máscara, se adelanta —ya caracterizado y con látigo de cuero en la mano— y emite prolongados gritos. Con ademanes de manos invita a ambos grupos a acercarse. Cuando éstos quedan frente a frente, se procede a adorar primero a la imagen de Dolores. Uno por uno pasan los tereseños y besan los listones que caen por el frente del nicho, trazan en el aire una cruz abreviada con un ramo de flores y luego lo depositan dentro del nicho; algunos también depositan monedas. A continuación los doloreños pasan a adorar, de manera semejante, a la imagen de Santa Teresa.

Después de estos saludos a las dos imágenes, el mayordomo y la tenanche de Santa Teresa pasan a cargar la imagen de Dolores y viceversa; también las malinches de cada grupo se intercambian. Al estar frente a frente, ambos grupos giran en sentido levógiro y luego lo hacen en sentido horario; los acompañantes giran junto con ellos, de tal forma que se logra, esta vez caminando, un efecto semejante al de las danzas mitote o de las Pachitas: un remolino humano. Entonces se dirigen al poblado, con rumbo al Oriente. Para esto se colocan las dos imágenes, una al lado de la otra —la de Santa Teresa a la derecha y la de Dolores a la izquierda—, precedidas por la malinche de la imagen contraria, quienes no cesan de tocar sus campanitas. Adelante van los bandereros y los coheteros, y los dos contingentes caminan mezclados. Al arribar al centro del poblado doblan hacia el Norte, para ingresar a la plaza e introducirse a la Casa Real.

Los dos nichos son puestos sobre la mesa, adornada con un arco de flores de cempazúchitl y campanillas blancas. La imagen de Santa Teresa queda al Poniente y la de Dolores al Oriente. Se arrodillan los mayordomos, tenanches y malinches frente a su nicho correspondiente. Un hombre con cargo, mediante el uso de un paliacate, retira la diadema que porta en las sienas el mayordomo y luego la de la tenanche, y las coloca dentro del nicho; finalmente pone allí también el pa-



liacate. Primero se realizó la operación con los de Santa Teresa y luego con los de Dolores. Cada malinche se sienta en el suelo al lado de su nicho, sin cesar de tocar su campanita. Los incensarios son colocados también en el suelo a los lados de la mesa.

Los nichos son muy similares, aunque el de Santa Teresa es un poco más grande. Su aspecto frontal es una especie de réplica de los rostros de los danzantes de urraca. En el borde superior un ceñidor tejido sujeta la tela que recubre el cajón de madera por todos lados. Al frente, la tela está dividida en dos segmentos que, al estar replegados lateralmente, permiten que se descubra el frente. De la parte superior frontal cuelga un tejido de chaquira cuyas puntas rematan en monedas o medallas metálicas; este entramado multicolor llega hasta la mitad del frente, en cuya parte inferior cuelgan largos listones de varios colores, los cuales descansan en los hombros de la imagen, poco visible debido a la cantidad de objetos que la rodean en el interior del nicho: diademas, paliacates, flores...

Las dos malinches se introducen debajo de la mesa-altar y se sientan en el suelo, sin ser ahora visibles debido a los manteles que caen por los lados, pero se oye el tintineo de sus campanitas. La mesa-altar es

equivalente al tapeistle oriental del patio del mitote, de tal manera que la parte inferior corresponde en ambos casos al inframundo (Preuss, 1998 [1910]: 300); las malinches, en tanto personificaciones de la diosa de la Tierra y de la Luna (Preuss, 1998 [1908a]: 241), quedan confinadas así en su ubicación cósmica, esto es, en la parte inferior y, en este caso, absolutamente oscura, ya que a la penumbra del salón de la Casa Real se le añade la oscuridad lograda por los manteles que caen desde la parte superior de la mesa-altar.

La gente procede entonces a adorar las imágenes. Arriban por grupos familiares, se arrodillan frente a ellas, se santiguan y luego pasan a depositar flores y a veces algodón o monedas, para finalmente besar los listones que las adornan.

A las siete y media de la noche arriba el mariachi huichol de Arroyo de Cañaveral (M1) y de frente a las imágenes interpreta “una hora” de minuets y vales, esto es, seis piezas, cuyo estilo corresponde al del santuario de Huaynamota. Lo notable es que el tololoche (violón) es tocado por una muchacha; todos sus instrumentos son de cuerda. Al concluir su devoción musical, encendieron veladoras en el suelo frente a los nichos y se retiran.

Al cuarto para las nueve de la noche, uno de los mayordomos locales comienza a repartir la cena para la gente de Dolores, que velaba al lado derecho del altar. Desde el extremo sur del salón comienza a llevar un plato servido con comida en cada mano, que va entregando a los comensales: la comida es consumida allí mismo.

A las nueve de la noche ingresa el mariachi mexicano de San Pedro Jícoras (M2), también de instrumentos cordófonos, e interpreta minuets con un estilo diferente a los de la región de Huaynamota. Al término de sus seis piezas, uno de los músicos se acerca y besa en cruz (arriba, abajo, izquierda, derecha, centro) cada uno de los nichos, para después retirarse.

Se espera que esa noche bailen los danzantes de Urraca, en la parte sur del salón, frente a una cruz que está colgada en la pared. Pero doña Clemencia Doye Flores nos explica que no se presentarán, porque nadie preparó comida para ellos.

Durante la noche ya casi no llegó gente a adorar y sólo permanecieron en el salón algunos de los mayordomos y tenanches, así como las dos malinches y los peregrinos venidos de Dolores.

Al amanecer, el grupo de los moros les ofrece de comer a las personas que velaron. En tanto, en la parte Sur del salón, la danza de nagüilla de Rancho Viejo (Xurémuna'aitse'e) realiza sus ejecuciones.

Oposiciones entre la danza de la Urraca y la de Nagüilla (ambas se desarrollan con música de violín):	
Danza de la Urraca	Danza de la Nagüilla
sonaja de bule	sonaja metálica
paleta	arco percutor
calzón de manta	nagüilla con carriceras
corona alta con plumas de urraca	corona baja con plumas de varios colores
a ritmo pausado	a ritmo rápido

El traslado de los nichos al templo se realiza la tarde de la víspera (*cf. infra*). El día 16, sábado, nos indican que "iban a sacar a los santos a pasear", esto es, que los nichos iban a ser regresados de nuevo desde el templo

hacia la Casa Real; pero no presenciamos esa ceremonia, ya que fuimos a La Laguna a observar la entrega de ofrendas en el adoratorio de dicho sitio sagrado. Cuando retornamos al poblado, al atardecer, la puerta del templo estaba cerrada, ya que los nichos habían sido trasladados a la Casa Real. En la parte norte del salón de la Casa Real, sobre una mesa, estaban tres nichos: el de Santa Teresa, el de Dolores y el Santo Niño. Nos comentaron que los nichos serían regresados al templo hasta el lunes.

Al anochecer del sábado, los danzantes de Nagüilla escenifican sus sones frente a la cruz de la parte sur del salón de la Casa Real.

El portal de la Casa Real. Al lado Norte del portal de la Casa Real está la mesa de las autoridades. La presencia de varios de los integrantes de esa jerarquía es permanente y ahí se encuentra el Gobernador Primero o en su defecto el Gobernador Segundo, quienes atienden todos los asuntos que se presenten.

La tarde de la víspera, desde las cinco, comienzan a desfilan los mariachis para hacer su presentación oficial ante las autoridades tradicionales. La ceremonia consiste en tocar "una hora", esto es, cinco piezas y el pilón. El primer grupo, procedente de Ruiz (M3) y con acordeón ejecutó, entre otras melodías, *El Chubasco*. Luego siguió, como a las seis de la tarde, un grupo de Rosamorada (M4), también con acordeón y que tocó, entre otras, *Vida Prestada* y *El Muchacho Alegre*. A continuación, hacia las siete de la noche, pasó el mariachi de San Juan Corapan (M5), que aunque es de indígenas coras, también incluye acordeón; presentaron, entre otras, *Tres Animales*, *Hojas sin Rumbo* y la polka *La Quince*. Luego tocó un mariachi huichol de Jesús María (M6), que ejecutó una interesante versión del son de *El Caminero*, también conocido como *El Pasacalle*; posteriormente este grupo interpretó el corrido de *El Diente de Oro*, que refiere sobre el último gran bandolero huichol, ultimado en 1971 (Palafox Vargas, 1985; Jáuregui, 1994).

La mayoría de las piezas son solicitadas por algunos jóvenes integrantes del grupo de las autoridades tradicionales, aunque otras son seleccionadas por los propios mariacheros para lucirse. Este acto constituye una especie de pago del permiso para tocar en la fiesta de la



comunidad, de tal manera que, una vez concluida su presentación, los mariachis ya pueden salir a conseguir clientes. Pero también funciona hasta cierto punto como una promoción para el grupo en turno, ya que los asistentes a la fiesta lo escuchan y pueden seleccionarlo a partir de la muestra musical presentada.

En el lado Sur del portal de la Casa Real se coloca la tarima para zapatear sones; si bien al inicio había sido puesta en el centro, donde obstruía el ingreso al salón. El Gobernador comentó que debería haber dos tarimas, pero que a principios de año vendieron una de ellas al INAH (para la Sala del Gran Nayar del Museo Nacional de Antropología, en donde actualmente se puede apreciar por los visitantes), y no la habían podido reponer todavía. En este caso se trata de la versión de tarima más difundida entre las comunidades coras, esto es, un largo cuadrángulo de madera, ahuecado, de cerca de dos metros y medio de longitud, por aproximadamente 60 centímetros de anchura y 40 centímetros de altura, elaborado a partir de una pieza sólida de madera obtenida del tronco de un gran árbol. Este instrumento musical es un “tambor de pie” (*foot drum*) —ideófono percutido con los pies— y en esta región, a diferencia de las zonas cálidas en las que se emplean la parota (juanacaxtle) o el chalate (higuera mexicana), aquí se elabora de un pino especial.

En esta fiesta, el baile de tarima no manifiesta un contenido religioso —como en la festividad de Santiago Apóstol (*cf.* Ramírez, 1999 y 2004)—, ya que no

constituye una plegaria por cuyo medio se exprese una petición o agradecimiento a los seres sagrados. Por el contrario, se presenta como una muestra más de la alegría festiva y contrasta notablemente con las danzas ejecutadas en el salón de la Casa Real.

La melodía para acompañar a los tarimeros siempre estuvo ejecutada por un solo violín; obviamente, entre la tarde del 14 y la mañana del 17 varios violineros se fueron turnando. El violinero se sienta de frente al Oriente, en la banca construida por todo el derredor del portal, mientras los bailarores se colocan de frente al violinero, esto es, de cara al Poniente, que coincide con la pared frontal del salón de la

Casa Real. Por su parte, los espectadores se sientan alrededor, o presencian desde las proximidades de la plaza, parados frente a este escenario.

Los bailarores fueron hombres principalmente, pero con frecuencia estuvieron acompañados por mujeres. La tarde y noche de la víspera llegaron a sumar cinco bailarores que simultáneamente hicieron uso de la tarima, si bien lo más frecuente era que hubiera un máximo de tres. En ocasiones los bailarores y bailaroras se abrazaban lateralmente, en otras había cierto interés en los hombres por coordinar su zapateado, pero para nada se trata de un baile con coreografía grupal preestablecida. El zapateo de los hombres es brioso, fuerte, con intención de resonar sus golpes en la tarima. Por el contrario, el zapateo de las mujeres es muy suave y sus plantas se mantienen muy próximas a la madera; su intención es más bien la de llevar el ritmo y mover cadenciosamente su cuerpo. Como las tereseñas y doloreñas usan un vestido largo hasta el tobillo y un rebozo cruzado en el pecho, el efecto de las bailaroras es de gran elegancia. Las mujeres siempre zapatean “calzadas”, ya sea con huaraches de vaqueta y suela de hule de llanta o con zapatos de plástico; los hombres, por su parte, lo hacen descalzos, con huaraches de vaqueta o con botas mineras. El buen zapateador lo hará descalzo, con el fin de poder matizar sus percusiones; aunque puede iniciar su ejecución con huaraches y luego descalzarse ya sobre la tarima. Sólo con las plantas de los pies se puede lograr el trato fino a la madera y

realizar pasos de complejidad técnica que combinan punteos y taloneos; sólo descalzos los bailarines están en posibilidad de lograr una adecuada conjunción con el violinero. Con huaraches se logra un zapateo de mayor resonancia, pero de menor precisión, aunque el efecto sigue siendo agradable. En cambio, con botas mineras se obtiene un sonido muy fuerte, pero burdo y plano y el bailarín presenta una imagen de torpeza.

Las mujeres zapatean en el mismo lugar, mientras los hombres, en ocasiones, se desplazan lateralmente, sobre todo cuando el paso es muy rápido y continuo.

La plaza y las calles del centro. En su vertiente no religiosa, el escenario mayor de la fiesta es la plaza y las calles del centro del poblado. Principalmente allí es donde se lleva a cabo la borrachera de cinco días con sus noches, aunque la intensidad mayor tiene lugar durante los tres primeros.

A la una de la tarde del miércoles, nos encontramos a un mariachi huichol de Santa Rosa (M7) que llegaba a pie, cargando sus instrumentos desde Jesús María. Nos aclararon que nunca habían ido al santuario de Huaynamota y que su jefe, que sabe tocar todos los instrumentos, es quien enseñó a los más jóvenes.

La noche del miércoles, la antevíspera, cuando salían de la Casa Real, después de tocar sus tandas de minutos a las imágenes, los mariachis fueron contratados por algunos profesionistas (el médico de Lindavista, el ingeniero a cargo de las obras del albergue de Santa Teresa y sus acompañantes) que trabajan en la región. El mariachi huichol de Arroyo de Cañaveral interpretó un corrido de la zona de Huazamota, *El Moro de Cumpas*, *Imposible*, *El Herradero*. Por su parte, el mariachi mexicano de San Pedro Jícoras tocó *Cuando salgo a los campos* y luego una polka.

Mientras tanto, en el lado oriental de la plaza, cerca del templo, el mariachi de Tepic (M8) —de acordeón y tarola, con instrumentos cordófonos de acompañamiento y de riguroso “uniforme vaquero”— había sido contratado y realizaba ejecuciones llamativas, pero de estilo comercial y muy apegadas a las versiones de los éxitos disqueros.



El jueves, la víspera, desde las once de la mañana un cora borracho andaba paseando a otro mariachi de Ruiz (M9) por las calles del pueblo y la plaza. Escuchamos a distancia *La del Moño Colorado*, *María de la Luz*, *Traigo Penas en el Alma* y *Amor con Amor se Paga*.

Los mariachis tocan ante el pedido del cliente y se desplazan con él, si éste decide “pasearlos”. Cada grupo de borrachos con “su mariachi” no molesta para nada a los demás. Como se trata de instrumentos cordófonos —ningún grupo trae instrumentos aerófonos, del tipo trompeta— no hay problema para lograr una relativa intimidad en las ejecuciones, sin interferir en las tocadas de los demás. Pero esto comienza a ser alterado por la presencia de ciertos grupos musicales que incluyen acordeón y sobre todo la tarola, ya que sus ejecuciones se expresan con una sonoridad mayor.

Algunos clientes se pasean montados a caballo, seguidos por el mariachi contratado. Hay quienes pasean al mariachi en la caja de su camioneta, mientras ellos disfrutan de la música desde la cabina del vehículo.

Por su parte, ciertos mestizos mantienen los aparatos de sonido de sus camionetas encendidos a todo volumen, pero esta situación no es privativa de ellos, ya que algunos coras también hacen lo mismo, incluso algunos pasean en su camioneta acompañados de su pareja con el sonido alto.

Las grabadoras portátiles, aunque voluminosas, son utilizadas por la gente de a pie. Hay coras que —a falta de dinero para pagar un mariachi— se pasean por la

plaza y las calles embriagándose y escuchando la música de su grabadora. Durante la fiesta, prácticamente no hay mariachi al que no se le acerquen coras —con los aparatos cubiertos con pañoletas o paliacates— para grabar la música que ejecuta, con el fin de reproducirla posteriormente para su disfrute.

A la fiesta llegaron dos camionetas cargadas con cerveza de bote, marca Modelo, y en la tienda, además de cerveza, se vendía aguardiente. También había varios puestos donde vendían “cantaritos”, esto es, preparados de refresco de toronja con aguardiente y limón, servidos precisamente en un cantarito de barro.

Cada noche, desde la tarde hasta la mañana siguiente, la temperatura descendía bruscamente en la meseta de Santa Teresa, lo que aparentemente no afectaba a mariacheros y cantadores, ni a sus clientes. Desde el día 15 se volvieron corrientes las escenas de borrachos tirados en el suelo, totalmente perdidos por el alcohol. Presenciamos un caso —sin que parezca una excepción— de alguien quien, tras recuperarse de ese estado, volvió a agarrar la tomada como si nada. Por las calles del pueblo y la plaza eran varios los jinetes que andaban completamente borrachos, luciendo sus caballos con pasos laterales; mientras otros, con balanceos —suaves o violentos— a los lados o hacia

adelante o atrás, recuperaban la vertical sobre sus monturas, ante los evidentes efectos del alcohol. Los de a pie caminaban dando tumbos, a veces abrazados en parejas o tercetas. Las discusiones entre hombres eran frecuentes y a veces iban acompañadas de golpes. Desde la tarde del día 14, la policía judicial del estado y la policía municipal de El Nayar encarcelaron a varios rijosos y nos enteramos de por lo menos un herido de navaja en el vientre.

El sábado 16 —al atardecer y por la noche— seguía la fiesta y la borrachera en grande, con varios mariachis que se mantenían tocando. La mañana del domingo, la gente —principalmente hombres, pero también algunas mujeres— seguía adquiriendo licor en las tiendas y se preparaba para continuar la fiesta.

La plaza. La antevíspera por la mañana no pudimos presenciar la actuación de los moros. La víspera, el jueves 14 de octubre, como a la una de la tarde, inicia la escaramuza de los jinetes moros. La chirimía y el redoblante, que habían estado tocando en el lado sur del salón de la Casa Real, salen y se dirigen al centro de la plaza, donde se colocan al interior de la estructura de cuatro postes. Cinco jinetes moros, divididos en un grupo de tres y otro de dos, se forman en dos hileras frente a frente, en diagonal con respecto a la esquina Sureste de la plaza. Cada jinete puntero mueve lateralmente su bandera blanca y sale por los lados para dirigirse a la esquina Sureste; allí saluda con su pendón y regresa por el centro para iniciar la primera escaramuza.

Se adelanta el grupo de tres y se conforma una sola hilera que gira en sentido levógiro alrededor de la estructura central; al concluir el giro el grupo de dos sale hacia la esquina sureste, en tanto el de tres lo hace hacia la esquina noroeste. Al llegar al punto se saluda con la bandera y se da vuelta a la izquierda, para retornar al centro; el grupo de tres se adelanta e inicia el giro sinistroverso en torno a la estructura central, al que se añade el grupo de dos; concluida la vuelta, el grupo de dos sale hacia el Oriente, mientras el de tres lo hace hacia el Poniente para ir recorriendo los doce puntos en que se divide el calendario solar indígena sobre el trazo del cosmograma cuadrangular.

Tras el viaje a cada punto siempre se encuentran los jinetes en el centro y realizan el giro levógiro en torno

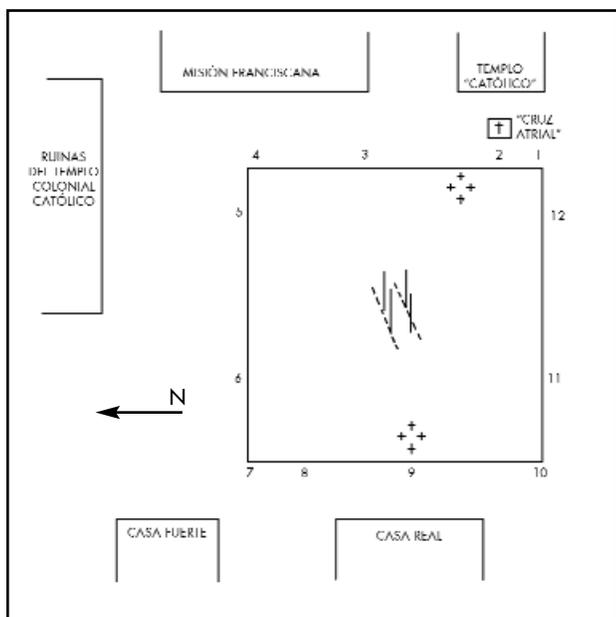
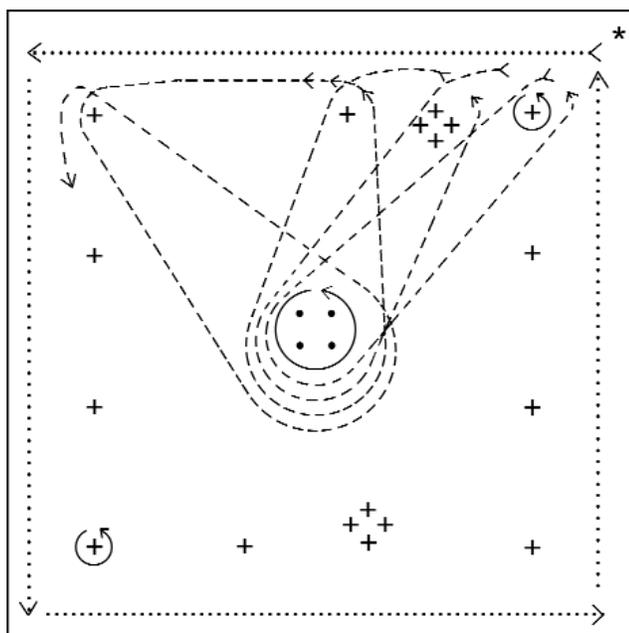


Figura 2. Crono-cosmograma cuadrangular de la plaza.

a los cuatro postes. Esta jugada es con los caballos al paso; la melodía y el ritmo de la chirimía y del redoblante constituyen su marco sonoro. El giro general alrededor de la plaza, que se ha dividido imaginariamente en los puntos del calendario solar, se ejecuta también en sentido antihorario. Concluido el recorrido por todos los puntos, en una sola hilera los jinetes dan una vuelta a trote por el perímetro de la plaza, en sentido antihorario.

Inmediatamente —tras el cambio de melodía de la chirimía— inicia la segunda escaramuza que será a trote. Al regresar al punto inicial, en la esquina sureste, se dirigen hacia el centro y lo rodean en levógiro para regresar al punto exterior y emprender una vuelta sinistroversa en rededor de la plaza y avanzar al siguiente punto; desde ahí se dirigen de nuevo al centro para rodearlo y regre-



- ★ PUNTO DE INICIO
- RECORRIDO CIRCULAR ANTIHORARIO EN CADA PUNTO DEL COSMOGRAMA CUADRANGULAR Y EN SU CENTRO
- - - → RECORRIDO OVALADO ANTIHORARIO DESDE CADA PUNTO EXTERIOR HACIA EL CENTRO Y REGRESO
-→ RECORRIDO CUADRANGULAR ANTIHORARIO EN TORNO AL COSMOGRAMA

Figura 3. Patrones coreográficos básicos de la escaramuza de los moros.

san para circundar de nuevo la plaza y llegar al siguiente punto. Así van recorriendo de nuevo, en sentido antihorario, los doce puntos imaginarios del contorno exterior de la plaza. Los jinetes continúan con más variantes coreográficas de sus escaramuzas.

Como a las nueve de la mañana del día 15, los mayordomos inician la preparación de un altar en el centro de la plaza. Para esto, se colocan unos tabloncitos en la estructura de cuatro postes y se limpian de zacate los alrededores por medio de machete. Se pone una cobija como toldo y otras se usan para cubrir los lados; se deja descubierto un frente, el que corresponde a la esquina suroriental de la plaza, el cual coincide con la dirección del templo. Con machete se limpia a ras del suelo un camino recto que une el templete central de la plaza con el templo.

A las diez y cuarto los mayordomos ingresan al templo, mientras el mariachi de San Juan Corapan (M5) canta *Las Mañanitas* (la versión que inicia con “Qué linda está la mañana...”). Las tenanches toman sus incensarios de barro y una canasta con pétalos de flores, mientras dos hombres mayores cogen las banderas blancas.

Los nuevos mayordomos —marido y esposa— y la malinche se arrodillan y un anciano les coloca a cada uno en las sienes una diadema, tomada con un paliacate del nicho de Santa Teresa. Todos se incorporan y los mayordomos —el hombre del lado derecho y la mujer del izquierdo— toman el nicho de la patrona; el nicho



de Dolores permanece en el presbiterio. Se inicia el traslado: adelante van los bandereros, luego la malinche, quien va tocando su campanita, después el nicho; van rodeados por una comitiva en la que sobresalen las tenanches con los incensarios y la mujer que va arrojando pétalos de flores. El mariachi de Corapan va cantando: “Celebremos, señores, con gusto...”

Al llegar al centro de la plaza, el nicho es colocado en lo alto de la estructura de maderos —transformada en altar temporal— y a los lados se amarran las dos banderas. Luego se arrodillan los mayordomos y la malinche, a quienes se les quitan las diademas, que son guardadas en el nicho. Los incensarios se ponen a los lados, en el suelo, y la canasta con pétalos se sube al lado del nicho. También se depositan algunas veladoras y candeleros al frente del altar.

Un poco más tarde, la danza de Nagüilla ejecuta varios sones frente a este altar, en el centro de la plaza.

Al mediodía se llevan cazuelas y ollas con comida, que son colocadas en el altar, junto al nicho. Aproximadamente a las dos y media, los moros ofrecen comida a los mayordomos y tenanches, cuyo reparto se realiza de la manera acostumbrada en las fiestas serra-

nas: cada comensal recibe sus porciones, las cuales se guardan en recipientes y se trasladan para ser consumidas en casa.

Entre los mariachis que tocan por la plaza, llama la atención el de San Juan Bautista (M10) —integrado por violín, vihuela, guitarra y violón—, ya que entre las piezas que le son solicitadas está el son de *El Caminero*.

A las tres de la tarde, se baja el nicho del altar —con una ceremonia similar a la de la mañana—, para ser trasladado de regreso al templo. Un poco después llega el mariachi de Santa Teresa (M11) —integrado por violín, guitarra, vihuela y violón—, que ejecuta minutos en calidad de plegaria, de pie, en el centro de la nave del templo.

En la parte surponiente de la plaza, los “bancos” ya están preparados; se trata de equipales totalmente cubiertos por la parte exterior con plátanos “costillones” y adornados también con largas cañas de azúcar. Varios lucen panes con figuras de animales, entre las que destacan caimanes, tortugas, palomas...

A las tres y media de la tarde, los mayordomos y tenanches —tanto los salientes como los entrantes— ingresan al templo y se arrodillan frente al presbiterio;

entonces el rezandero dirige varias oraciones. Salen y se toma el arco de flores que estaba en la fachada del templo. A medio camino, entre la cruz atrial y el espacio donde están preparados los “bancos”, se detienen los entrantes con el arco floral, mientras los salientes corren hacia los “bancos” para tomar las coronas colocadas sobre los asientos y una caña de azúcar que está enfrente de cada uno de éstos. Regresan a la carrera y, una vez que les son entregadas la corona y la caña de azúcar, ahora quienes tomarán los cargos se dirigen de prisa a sus respectivos “bancos”, seguidos por sus familiares, y toman asiento.

Los once bancos están colocados, de espaldas a la Casa Real y de frente al Oriente, en una hilera de Norte a Sur, en cuyo extremo septentrional se ubica el nuevo mayordomo y en el meridional la nueva malinche. Hay mucha gente alrededor y gran algarabía. Aparece un hombre enmascarado, en calidad de bufón, que pide plátanos y a veces los toma sin permiso. Entre bromas, este gracejo va encendiendo —por la parte trasera de los “bancos”— los cohetes que hay abajo de cada asiento, en el orden secuencial de Norte a Sur. Se trata de cohetes potentes, cuyo sonido es tremendo y cuya explosión puede traer consecuencias graves, pues algunas personas han resultado con quemaduras a causa de los fragmentos que saltan hacia los alrededores. Es conmovedora la escena de la niña-malinche quien, desde los primeros truenos, sonriente se tapa los oídos con sus dedos en espera de su turno.

Esta escena es muy difícil de seguir porque hay muchas personas congregadas apretadamente en torno a la hilera de “bancos”. Es prácticamente imposible observar lo que sucede con cada personaje, por estar totalmente rodeado de sus familiares y algunos fotógrafos. El mayordomo de la Virgen de Guadalupe nos contó después que cada cargo que entrega, inmediatamente antes del tronido del cohete, le ofrece tres copitas de vino (aguardiente o tequila) a su respectivo entrante, “pa’ darle juerzas”; también a la niña le dan sus “tres tragos”.



Esta secuencia ritual de los “bancos” sucede con suma premura, ya que todas las acciones se hacen de prisa. En cuanto termina el último cohete, cada cargo entrante se pone el equipal sobre la cabeza y con la ayuda de sus familiares carga con las frutas, las cañas de azúcar, los panes y la comida que ha recibido, y velozmente se dirige hacia su casa. Algunos utilizan camionetas para realizar el transporte de los obsequios recibidos. Una parte de la fruta recibida, sobre todo los plátanos, es vendida a quien lo solicite.

Concluida esta ceremonia —unas familias que habían esperado desde hacía más de dos horas en el extremo sur-poniente de la plaza— les obsequian comida a los danzantes de Nagüilla de Rancho Viejo. Entre los alimentos había atole, arroz, frijoles y tortillas. Como los donatarios de la comida son fuereños, en este caso lo recibido se consume en el sitio de la donación.

El rodeo. El día 15 al mediodía tuvo lugar el rodeo. Mucha gente se trasladó a pie, a caballo y en camionetas hacia la *manga*, situada en la parte poniente de la llanura de Santa Teresa. Ésta consiste en una estructura circular, al lado norte, de la cual sale una larga prolongación de 160 m de largo, por 12 m de ancho. Toda la construcción está hecha con vigas de madera.

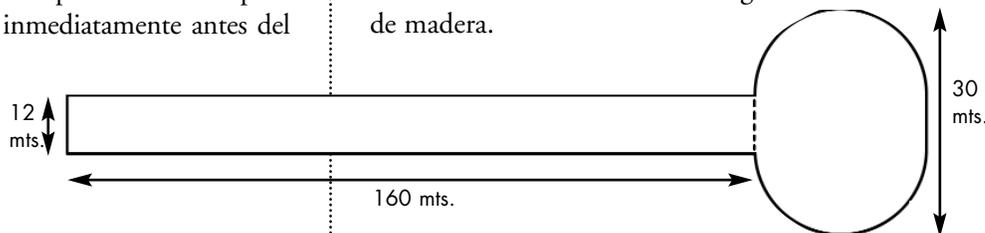


Figura 4. La *manga* del rodeo.



Aquí la única suerte del rodeo consiste en intentar derribar a una res, tomándola por la cola, la cual sale corriendo de la parte norte hacia la parte sur de la *man-ga*. El jinete en turno se lanza a galope en su persecución, se le empareja, le toma la cola y trata de tumbarla. En dos horas no vimos que el objetivo se lograra ni una sola vez, pero la gente disfruta el espectáculo. Es posible que este tipo de jaripeo sea reciente en la zona, ya que los participantes no usan el acostumbrado guante de gamusa para tomar la cola de la res, y frecuentemente rebasan al bovino en su desenfrenado galope.

Los coras montan con huaraches y su morral terciado al hombro; sólo unos pocos lucen atuendo “vaquero”, esto es, pantalón, camisa, botines, cinturón de piel y sombrero “tejano”. Estos indígenas son excelentes jinetes y hay algunos que se dan el lujo de montar “a pelo”. Varios jinetes participan en estado de ebriedad y, no obstante el equilibrio que implica una carrera a todo galope persiguiendo a las reses, así como la abrupta frenada correspondiente, nunca se cayeron de sus monturas.

El ambiente es de fiesta; el sol es brillante y el cielo está azul, con algunas nubes blancas. Se venden “cantaritos” y cerveza, así como diversas golosinas, como *duros* de harina y elotes cocidos. Hay varios mariachis tocando para los clientes. El chofer de un camión de pasajeros —que acudió al rodeo con su vehículo— hizo subir al techo de su antiguo autobús (de la década de 1960) a un mariachi de Acaponeta (M12) —con acordeón, guitarra, vihuela y violón— para que, sobre

la parrilla destinada al equipaje, les tocara a sus invitados. La cantidad de jinetes y de camionetas da la impresión general de que se trata de cualquier poblado mestizo de la costa o del altiplano nayaritas.

El sábado 16 de octubre también hubo rodeo, pero no lo presenciamos porque desde el amanecer nos fuimos a La Laguna y regresamos hasta el atardecer.

El templo. El párroco del lugar es el único sacerdote católico cora, de origen mariteco (originario de Jesús María, Chuísete’e). Sin embargo, en opinión de doña Clemencia Doye Flores, aunque diga la misa en lengua cora, “no los ayuda”. A diferencia de sus predecesores mestizos, no los acompaña en las procesiones del

costumbre, no va a las rancherías y sólo visita las casas de los ricos comerciantes mestizos, dueños de las tiendas. Para ella es más importante que el sacerdote católico participe en las fiestas del costumbre cora, cuando los mayordomos se lo solicitan, a que diga la misa y predique en lengua cora, en los tiempos que a él le parezcan convenientes.

Esta opinión fue confirmada por el profesor Juventino Díaz Serrano, ex-presidente municipal de Jesús María, en cuya parroquia estuvo asignado anteriormente dicho franciscano. Según él:

A Felipe [Altamirano] —que es sacerdote cora— lo metió el obispo [de la Prelatura Nullius de El Nayar] para que la iglesia tuviera más acción con la gente, pero no ha logrado dominar. Lo que quieren los franciscanos es que la gente vaya a misa cuando el cura toca las campanas, pero no lo han logrado. Sí somos católicos, pero no nos absorbe la iglesia. Los indígenas se dirigen a la iglesia sólo en las fiestas establecidas. Solicitan al sacerdote para que les dé misa o asista a las fiestas. Es bonito que el sacerdote —que sabe la palabra de Dios— la diga. Pero si no está o no quiere, entonces lo hacen solos los coras, por eso tienen sus Mayordomos o Muayú.

Las imágenes del templo cristiano son un cuadro de la Virgen de Guadalupe, colgado sobre la pared posterior al altar; los nichos de San Antonio, Dolores, San José, San Miguel Arcángel y el Niño Dios, colocados

sobre el altar; un nicho de la Virgen de Guadalupe, otro de San José de Caramota y una caja con un Cristo acostado, colocados sobre una mesa al lado derecho del presbiterio. En esta fiesta los nichos de Santa Teresa y el visitante de Dolores están sobre el piso, al frente del presbiterio.

Durante toda la antevíspera el templo permaneció cerrado, ya que la imagen de Santa Teresa se encontraba en la Casa Real. Pero la víspera, desde las ocho y media de la mañana, se abrió la puerta y se inició el proceso del cambio de las flores. Llegaban mujeres y niñas con morrales llenos de racimos de flores, sobre todo de cempazúchitl; primero ofrecían un ramito a la cruz atrial y luego pasaban y depositaban el morral en el límite del presbiterio. La hilera de morrales repletos de flores llegó de una pared a la otra, en sentido transversal.

Como a las nueve y media se bajan los cinco arcos florales pequeños que están sobre las imágenes del altar. Las mujeres deshacen los amarres, y sobre petates dispuestos para tal fin en la nave del templo van colocando las flores marchitas. Al final los petates son sacados por tenanches varones para tirar las flores viejas entre la maleza, al lado norte del templo. Mientras tanto los tres arcos grandes —el del altar, el del centro de la nave y el de la fachada del templo— han sido bajados por tenanches varones y llevados al lado norte del edificio, donde son desamarrados y deshechos. También les quitan las flores a la cruz del templo, colgada en la pared sur, y a la de la Casa Real, que también cuelga en la pared sur de aquel edificio, y que fue traída al templo para este fin. Las únicas flores que no se cambian son las del arco del altar de la Casa Real, en donde se velan las imágenes de Santa Teresa y de Dolores, quizás porque ha sido elaborado recientemente.

Entonces da inicio la labor de renovar los arcos y las cruces florales. Las mujeres toman los manojos de flores de los morrales y los entregan a los hombres; éstos se encargan de liarlos con suma destreza en torno a las varas flexibles que luego se convertirán en arcos, o en torno a los maderos rígidos que conforman las cruces. Todos los manojos de flores traídos al templo corresponden a la ofrenda estacional a preparar, de tal manera que las encargadas van tomando de los morrales los

manojos tal y como los encuentran. Una vez que los arcos y las cruces han sido “revivificados” con flores frescas, se vuelven a colocar en los sitios correspondientes, para que exhiban su colorido y difundan su aroma.

La víspera, a las cuatro y cuarto de la tarde, da inicio el traslado de las imágenes, de la Casa Real hacia el templo. Desde antes, el chirimitero y el tamborilero tocaban ya en la parte sur del salón. Se preparan los incensarios de barro con brasas y se les pone copal; se aproximan al altar todos los mayordomos, tenanches y malinches de Santa Teresa y de Dolores, quienes se arrodillan frente a la imagen correspondiente.

Dolores	Santa Teresa
Malinche-Mayordomo-Tenanche	Malinche-Mayordomo-Tenanche

Un anciano, con un paliacate toma del nicho una diadema, forrada de tela, y —después de trazar en el aire una cruz estilizada— la coloca en la cabeza del mayordomo de Santa Teresa. Repite la acción con su tenanche y después con su malinche, para en seguida reproducir toda la acción con los cargos correspondientes de Dolores.

Una vez que se incorporan, cada mayordomo y su tenanche cargan el nicho correspondiente, llevándolo en medio de ellos. Adelante del contingente van los músicos (chirimía y tambor de parche), luego las malinches y los nichos —Santa Teresa del lado derecho y Dolores del lado izquierdo—, rodeados de las señoras que portan incensarios humeantes, hombres con velas encendidas y niñas que arrojan pétalos de flores. Al salir de la Casa Real, el grupo da un giro en sentido levógiro sobre su eje, junto con toda su comitiva, mientras se lanzan cohetes de trueno y se tocan las campanas. Se trasladan en línea recta hacia el templo e ingresan al edificio. Al llegar a las proximidades del presbiterio, dan un medio giro en levógiro, de tal manera que el nicho de Santa Teresa queda a la izquierda y el de Dolores a la derecha, siendo ambos depositados en el suelo, “de frente al pueblo”.

Los mayordomos y sus acompañantes se arrodillan frente a sus nichos y el anciano les retira las diademas y las guarda dentro de los nichos. Se colocan unos car-

tones en el suelo, sobre los que se sientan las malinches, cada una junto a su nicho correspondiente.

Entonces da inicio la adoración. Grupos familiares pasan y se hincan, se santiguan, rezan y depositan flores, velas, monedas, y esporádicamente paquetes de algodón. Mientras esperan su turno, algunos jefes de grupos familiares bendicen a su gente con un manojo de flores de madroño.

El mariachi de Ruiz (M9) entra a la iglesia y toca una tanda (“hora”) de vals —en este caso, en su función de minuetes, esto es, de plegaria musical— en el centro de la nave. Destaca la melodía a cargo del acordeón.

Al amanecer del día 15 se encuentra en el templo una nutrida concurrencia para adorar a la patrona. A las siete y media un mestizo lleva al mariachi “comercial” de Tepic (M8), que incluye acordeón y tarola. Como a estos grupos se les dificulta interpretar minuetes, ejecuta piezas cantadas de las que se acostumbran para el Día de las Madres, así como algunos vals.

Arriban grupos familiares de hasta 40 miembros, incluyendo los niños de brazos, que se presentan a adorar colectivamente, dirigidos por el más anciano. Seguramente estos grupos corresponden a los que ejecutan los mitotes parentales.

A la una de la tarde, concluida una misa en la que hubo bautismos, se realiza una ceremonia en el portal del templo. Las parejas de compadres y comadres se hincan frente a frente, hombre con hombre y mujer con mujer, casi todos jóvenes de alrededor de 20 años de edad. Se hablan en tono ritual en lengua cora, se besan ambas mejillas, luego se abrazan y se obsequian mutuamente cigarrillos encendidos. Finalmente, los padrinos varones reparten dulces a los niños, en calidad de bolo, y también obsequian cigarrillos a los mayordomos asistentes.

Por la noche del día patronal la iglesia luce solitaria, ya que sólo están ahí el mayordomo de la Virgen de Guadalupe y su esposa, en espera de quienes lleguen a adorar a las imágenes. Una vez concluida la adoración de un grupo familiar, el mayordomo —a solicitud del jefe de dicha familia— le frota la cabecita a un niño de brazos con los listones colgantes del nicho de Santa Teresa. Luego se trasladan a la entrada del templo, en cuyo lado derecho está una pila de piedra con agua; con

una flor el mayordomo rocía agua sobre la cabeza del infante y a cambio recibe del jefe de la familia un puñado de tabaco macuchi.

La Laguna. El sábado 16 de octubre decidimos ir a la laguna de Santa Teresa, ubicada a cuatro horas a pie del poblado, en dirección nor-oriente. Se trata de un sitio natural de la geografía ritual de los tereseños y de los coras de sus anexos, como Dolores (Guachájajpua) y Rancho Viejo (Xurémuna'aitse'e), y se visita, entre otras ocasiones, durante esta fiesta patronal. En el trayecto encontramos huellas de gente que va adelante en remuda y a pie. Llegamos al borde de la hondonada de la laguna como a las diez de la mañana, y en el descenso topamos con un cora de Dolores que venía de regreso y era quien hizo el viaje en remuda. Poco antes de las once ya estamos en la orilla occidental del lago, frente a un altar de piedras superpuestas en el que aparecen ofrendas de algodón, flores, hojas de roble con pinole o comida, monedas y diversos recipientes de lata, desecho de bebidas o comidas enlatadas. Frente al altar está un árbol de fresno, al que le quitan la corteza para cocerla en agua y utilizarla terapéuticamente. El sitio del Tajcuat está en la orilla opuesta, al pie de un acantilado en cuya pared existen pinturas rupestres, cuyas figuras no se distinguen a la distancia. En esta temporada, la altura de las aguas impide llegar allá y por tal razón las ofrendas se colocan en este sitio. A esta laguna acuden coras y huicholes a rendir culto.

Un poco más tarde arriba la familia de Sigundino Carrillo Teófilo, procedente de Rancho Viejo, quienes venían a pie: un matrimonio joven, más la madre de la esposa y los dos hijos de la pareja, uno todavía de brazos.

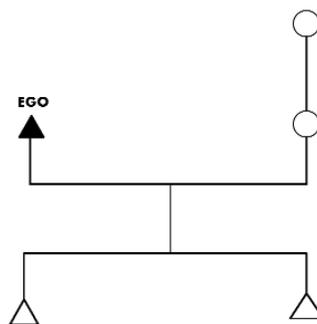


Figura 5. Grupo peregrinal de Sigundino Carrillo Teófilo.

Lo primero que hace este hombre es recoger agua de la laguna en una botella de plástico, luego se ubica de frente al altar, mirando al oriente, mientras las mujeres y los niños se colocan del lado derecho, quizá porque nosotros estamos atrás y el espacio es reducido. De pie, el hombre presenta al oriente una flecha grande con plumas de águila, que lo representa a él, y otra flecha más pequeña, con plumas de perico, que representa a su esposa. Luego saluda al norte, al poniente, al sur, arriba en el centro y las clava en la tierra. La suegra prepara, desde el lado norte, una hoja de roble en forma de cono y en ella deposita puñitos de pinole y agua; en otra hoja de roble extendida y cóncava ponen pedazos de fruta, de tamal, de galleta... Luego el hombre va sacando de su morral botellas con agua de otros manantiales sagrados, algodón, manojos de flores, una pipa de barro con el canal de carrizo, llena de tabaco, y un bellísimo *tabejri* de cinco flechas de palo brasil con plumas de águila y cascabeles colgantes de víbora, todo amarrado con hilo rojo.

Junta varitas secas y prende lumbre, al lado norte del altar. A continuación, tomando desde el extremo opuesto una vara cuya punta es tizón, enciende con gran destreza la pipa (*chuaxari*) —que sostiene con la mano izquierda—, y cogiendo el *tabejri* con la mano derecha se dirige al oriente y luego a los demás rumbos en el mismo sentido levógiro, echando bocanadas de humo sobre el *tabejri* en cada punto cardinal. Realiza cinco vueltas desde el oriente, al norte, al poniente, al sur, arriba y abajo, lugar este último donde estaba colocada la ofrenda.

Mientras tanto, los demás miembros de la familia se van a tomar un baño ritual en la laguna. Nos comenta Bibiano Gómez Aranda, nuestro guía, que, una vez terminada la ofrenda, depositan las flechas en alguna grieta de las rocas circunvecinas, para que no se pudran pronto con la humedad.

Tanto don Bibiano como el mismo Sigundino nos dicen que “eso era todo”. Con gran agradecimiento por la amabilidad de esta familia que nos dejó presenciar su ritual y tomar fotografías, nos despedimos y nos retiramos, ya que pensamos que permanecer por más tiempo podría llegar a ser incómodo para ellos. No supimos si después hicieron un ritual especial con el niño de

brazos, ni si al final se realizó una ceremonia de sahumación en sentido horario.

La fiesta de Santa Teresa en la secuencia del ciclo ritual comunal. La fiesta de Santa Teresa tiene lugar durante el lapso que marca el paso de la temporada de lluvias a la de secas y que corresponde, a grandes rasgos, al equinoccio de otoño.

En el ciclo de las fiestas del templo “católico”, este interludio festivo inicia con la Fiesta del Nacimiento de Nuestra Madre, el 8 de septiembre; continúa con la Fiesta de San Miguel Arcángel (Tamatsi Xurave), el hijo mayor de Nuestra Madre, el Lucero de la Tarde, el 29 de septiembre; y concluye precisamente el 15 de octubre con la Fiesta de Santa Teresa, Nuestra Madre, el prototipo del vientre femenino —la madre de todas las cosas de la comunidad de Santa Teresa, el espíritu celeste del crecimiento y de la vida—, materializada en el edificio del templo católico (Coyle, 1997: 262).

En esta subsecuencia ritual se realiza el cambio de los oficiales del templo. El 29 de septiembre son nombrados los nuevos cargueros y toman su puesto el 15 de octubre.

Al aceptar el licor [que les es ofrecido por las autoridades salientes], las nuevas autoridades del templo se afilian, no con un grupo parental particular, sino como una larga línea ancestral de autoridades comunales cuya vigencia se extiende a toda la gente y a todos los terrenos de [la comunidad] de Santa Teresa (Coyle, 1997: 264).

...se supone que el licor produce una afinidad naturalizada entre los nuevos cargueros y los antepasados ancestrales que han estado asociados con el sistema de cargos en el pasado (*ibidem*: 251).

Los mariachis en Santa Teresa. En la región de los coras se mantiene la tradición del mariachi en dos de sus vertientes. Por un lado la versión más arcaica, que no se designa nominalmente como mariachi, pero que sí corresponde a sus características melódicas, de género musical (jarabe) y de ritmo dancístico a través del binomio violinero-tarimero, en el cual se conjunta un instrumento típicamente “mediterráneo” (el violín), que expresa la melodía, con otro de carácter “nativo”



(la tarima), que lleva el ritmo. En este caso la melodía, el ritmo sonoro y la ejecución dancística son inseparables. Pero este “mariachi” excluye el canto, debido a que las melopeas ejecutadas en los rituales “mitote” (*ñe*) —de manifiesta raigambre aborigen— opacan cualquier género letrístico derivado de las influencias mediterráneas, pues son expresadas a lo largo de la noche, a partir de la memoria del cantador-sacerdote (Preuss, 1998 [1908b]: 267; Guzmán, 2003 [1997]).

Por otro lado, los conjuntos musicales designados como mariachis carecen en la región serrana de instrumentos aerófonos y en especial de trompetas. En cambio manifiestan dos variantes en lo referente al instrumento que conduce la melodía: en unos ésta queda a cargo del violín, mientras que en otros le corresponde al acordeón.

De esta manera, en la fiesta de Santa Teresa el “mariachi” más tradicional, para el ámbito secular, está conformado por la pareja violín-tarima, pero localmente no se designa como mariachi; en este caso el violinero nunca cobra por sus servicios, sino que sus ejecuciones constituyen una contribución personal al desarrollo de la fiesta comunal. Su música está destinada exclusivamente para ser bailada por medio de zapateados por el tarimero, los cuales constituyen el “bajo” rítmico de la pieza.

Los conjuntos tradicionales comerciales, que sí son denominados mariachis, presentan una variedad de acuerdo con su proveniencia geográfica, el origen étnico de sus integrantes y la preeminencia melódica del violín o del acordeón. Este último aspecto determina, entre otras variables, que el grupo musical, en el ámbito religioso, ejecute minuetes (si trae violín) u otros géneros musicales (vales, mañanitas o piezas para el Día de las Madres), si incluye acordeón.

(M1) Mariachi de Arroyo de Cañaveral: huichol
Instrumentación: violín, vihuela, guitarra y violón.
Éste fue el único mariachi que contaba con una mujer entre sus integrantes. Quizás el éxito reciente del grupo huichol Venado Azul (Jáuregui, 2003: 380-382), en el cual la violonera (ejecutante del violón o tololoche) es mujer, haya influido para esta situación.

(M2) Mariachi de San Pedro Jícoras: mexicano
Instrumentación: violín, vihuela, guitarra y violón.

(M3) Mariachi de Ruiz A.: mestizo
Instrumentación: acordeón, vihuela, guitarra, guitarra sexta y violón

(M4) Mariachi de Rosamorada (San Juan Bautista y Teponahuaxtla): mestizo
Instrumentación: acordeón, guitarra sexta y violón.

(M5) Mariachi de San Juan Corapan: cora
Instrumentación: acordeón, guitarra (de cuerdas de plástico), guitarra (de cuerdas metálicas) y violón.

(M6) Mariachi de Jesús María: huichol
Instrumentación: violín, vihuela y violón.

(M7) Mariachi de Santa Rosa: huichol
Instrumentación: violín primero, violín segundo, guitarra, vihuela y violón.

(M8) Mariachi de Tepic: mestizo
Instrumentación: acordeón, guitarra sexta, tarola y violón

(M9) Mariachi de Ruiz B.: mestizo
Instrumentación: acordeón, vihuela, guitarra y violón.

(M10) Mariachi de San Juan Bautista: ¿mestizo?
Instrumentación: violín, vihuela, guitarra y violón.

(M11) Mariachi de Santa Teresa (Kueimaruse'e): cora
Instrumentación: violín, vihuela, guitarra y violón.

(M12) Mariachi de Acaponeta: mestizo
Instrumentación: acordeón, guitarra, vihuela y violón

Se presentan tres tipos de mariachi en la fiesta de Santa Teresa:		
"Mariachi" serrano	Mariachi serrano	Mariachi del altiplano y de la costa
violín y tarima	violín y acompañamiento cordófono	acordeón y acompañamiento cordófono

Los mariachis serranos mantienen al violín como el instrumento para el desarrollo de la melodía, en tanto los grupos de la costa y el altiplano lo han suplido por el acordeón. Pero en esta fiesta a todos se les dice y se les llama por igual como "mariachis" o "mariaches". Sin embargo, aunque ninguno de los grupos incluye instrumentos aerófonos, es pertinente aclarar las diferencias entre los mariachis propiamente tradicionales —los serranos— (cuyos integrantes son músicos de tiempo parcial) y los "comerciales" —del altiplano y la costa— (cuyos integrantes son músicos de tiempo completo):

Mariachis serranos	Mariachis del altiplano y de la costa
1. Trabajan esporádicamente en lugares de la sierra y/o pequeñas rancherías.	Trabajan de fijo en poblaciones del altiplano o de la costa, aunque pueden contratarse para tocadas en la sierra o ir a buscar trabajo en las fiestas serranas.
2. Sus sones y letras presentan variaciones particulares y las adecuan a su estilo propio	Sus voces y estilo se acomodan a las de las versiones de los discos.
3. No usan traje uniformado.	Algunos se presentan con traje uniformado.
4. Con violín.	Con acordeón.
5. Sólo instrumentos cordófonos para el acompañamiento.	Algunos con tarola para el acompañamiento.
6. M1, M2, ¿M5?, M6, M7, M10, M11.	M3, M4, M8, M9, M12.



Los mariachis serranos sólo tocaron minuets en la Casa Real, mientras los mariachis con acordeón no tocaron minuets en la Casa Real, pero algunos sí tocaron —por manda o por paga— *Las Mañanitas*, piezas "para el día de las madres" y valeses en el templo, cuando las imágenes fueron llevadas a ese recinto.

El repertorio de los mariachis en esta fiesta de Santa Teresa, con excepción de *El Caminero*, no incluye sones, ya que éstos se tocan, en forma instrumental, para quienes bailan en la tarima; debido a ello, los géneros que más se escuchan son los corridos y las canciones rancheras, aunque no faltan las polkas.

Distribución ritual de los músicos y danzantes, de acuerdo con los escenarios festivos:			
Salón de la Casa Real	Corredor de la Casa Real	Templo	Plaza y calles
violín	violín	mariachi	mariachi
danzantes	danzantes tarimeros	sin danza	sin danza
sin canto	sin canto	sin canto	con canto
conjunto de chirimía			chirimía con danza ecuestre

Al arribo de los mariacheros, en la parte norte del salón de la Casa Real también se tocaron minuets (como los del templo); asimismo, en la parte norte del corredor de la Casa Real se tocaron piezas de borrachera (como las de la plaza y las calles céntricas); pero estos dos sitios y momentos se deben considerar como el "ingreso" ritual de los mariacheros fuereños a la fiesta comunal de Santa Teresa.

Distribución ritual de los músicos y danzantes, de acuerdo al ámbito religioso y festivo:	
Ámbito religioso	Ámbito festivo
violín solo con cuadrilla dancística	violín solo con danza de tarima
mariachi tocando minuets, piezas especiales para el el Día de las Madres o valeses	mariachi tocando canciones rancheras, corridos, narco-corridos, sones o polkas
chirimía tocando plegarias musicales	
chirimía con danza ecuestre	



BIBLIOGRAFÍA

Coyle, Edward Philip, "The Festival of Santa Teresa", en "Hapwán Chánaka ('On Top of the Earth'): The Politics and History of Public Ceremonial Tradition in Santa Teresa, Nayarit, Mexico", Tucson, tesis doctoral, Department of Anthropology-The University of Arizona, 1997, pp. 251-267.

Guzmán, Adriana, *Mitote y universo cora*, México, INAH/ Universidad de Guadalajara (Etnografía de los pueblos indígenas de México), 2003.

Jáuregui, Jesús, "El triángulo cultural de Aguamilpa", en *Aguamilpa. Ojo de luz en territorio mágico*, México, Comisión Federal de Electricidad/Grupo ICA, 1994, pp. 41-69.



———, "Cómo los huicholes se hicieron mariacheros: el mito y la historia", en *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes* (Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, coords.), México, INAH (Etnografía de los pueblos indígenas de México), 2003, pp. 341-385.

Palafox Vargas, Manuel, *Violencia, droga y sexo entre los huicholes*, México, INAH (Divulgación), 1985.

Preuss, Konrad Theodor, "Resultados etnográficos de un viaje a la sierra Madre Occidental", en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos* (Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, comps.), México, INI/CEMCA, 1998 [1908a], pp. 235-260.

———, "Los cantos religiosos y los mitos de algunas tribus de la sierra Madre Occidental", en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos* (Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, comps.), México, INI/CEMCA, 1998 [1908b], pp. 265-287.

———, "La celebración del Despertar ('Hisíreame) o fiesta del Vino entre los coras", en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos* (Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, comps.), México, INI/CEMCA, 1998 [1910], pp. 297-316.

Ramírez, Maira, "Los sones de tarima entre los coras de Santa Teresa", en Simposio "Antropología e Historia del Nayarit", Tepic, 1999, mecanografiado.

———, "La danza de los 'urraqueros' (vè'eme): ritual de petición de lluvias", en *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de los coras y huicholes* (Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, coords.), México, INAH/Universidad de Guadalajara (Etnografía de los pueblos indígenas de México), 2003, pp. 387-410.

———, "El baile de tarima cora. Un modelo para la interpretación de la danza", en XXVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Xalapa, Veracruz, 2004, mecanografiado.

Vázquez Valle, Irene, "Apuntes sobre la música y otras manifestaciones creativas de los nayares", en *Música y danzas del Gran Nayar* (Jesús Jáuregui, ed.), México, CEMCA/INI, 1993 [1987], pp. 271-286.